

LA MODA.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.



Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando,

unas, las últimas Modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapicería ó

de Crochet. Precio de la suscripción 7 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

SUMARIO. = *Teatro del Balon.* = *El canto de los helenos, novela traducida por D. Eugenio de Ochoa.* = *Correspondencia.* = *Gergológico.*

TEATRO DEL BALON.

EL RAMO DE OLIVA. *Comedia en tres actos.*

Esta comedia es un ejemplo de lo que las buenas formas hacen valer á una produccion, si bien ella no ofrezca de todos los alicientes de la novedad en el pensamiento, de la originalidad en las situaciones, y hasta de la poderosa ayuda de la versificación. Algo de esto falta á *El ramo de Oliva*, y sin embargo se oye con gusto, se aplaude, y se desea verla otra vez en escena.

Analicémosla brevemente, en cuanto lo permitan los recuerdos de una sola representación.

Un joven caballero habitaba con su bella y excelente esposa una quinta que poseia en las inmediaciones de Córdoba, sin otra familia que una hermana de la espresada señora, algo mas joven pero no menos linda y buena. La felicidad cubria con sus doradas alas aquella dulce y tranquila mansion, y para que nada faltase á completar su dicha acabada de llegar allí, aprovechando una licencia, cierto galan caballero, estrechísimo amigo del dueño, y oficial del ejército, quien se habia enamorado perdidamente de la niña, si bien por efecto de una timidez poco militar ocultaba cuidadosamente en el fondo de su corazon aquel nuevo sentimiento. No lo habia logrado, sin embargo,

á tal punto que su amor pasase desapercibido á los ojos de ambos esposos, muy gozosos de tal descubrimiento, y menos todavía á los de la interesada, la cual estaba ansiosa de ver roto aquel silencio tenaz, con tanta mayor razon cuanto que habiendo conocido en Madrid años antes á su amable huésped, el corazon de la niña se habia interesado por él á despecho suyo y sin el mas mínimo motivo.

Para que aquella campestre mansion fuese un completo palomar de tortolitos, habia tres semanas que el mozo, enamorado de una guapa y despierta criada, se habia casado con ella.

Estaba destinado á poner á terrible prueba la dicha que allí se disfrutaba un nuevo personaje, tio del esposo de que antes hemos hablado, y era el tal cierto honrado y machucho labrador de Andújar, hombre consagrado á la paz del mundo, celosísimo en el cumplimiento de esta sagrada mision que no habia recibido de nadie; pero que lleno de los mejores deseos erraba siempre en los medios de realizarlos, achacando los malos resultados que obtenia á la ingratitude de los que no sabian apreciar sus desinteresados esfuerzos en bien de la humanidad.

Llega pues el tio á la quinta con el fin de conocer y abrazar á su nueva sobrina, y tráeles de presente á los novios, no ya ricos aderezos ni preciosas joyas, sino lo que en su concepto valia mucho mas, un ramo de oliva, símbolo de paz y de concordia, para que colocado siempre á la vista de todos sirviese de perpetuo recuerdo de sus deberes, y los estimulase de continuo á

guardar uno de los primeros preceptos que Dios ha impuesto al género humano. Paz á los hombres.

Agradeciósse el regalo y tuvieron todos por facilísima empresa el hacerle honor, puesto que ni la mas ligera nube empañaba la comun dicha y la mutua confianza; pero el mensajero no juzgó conveniente el contentarse con aquel mero símbolo, y en su consecuencia se propuso moralizar mas aun á aquella familia para hacer duradera su obra. Al efecto principió por advertir amistosamente á la criada cuidase de su marido, puesto que acababa de verle en conversacion con una mozuela de las cercanías, con lo cual la muchacha, tras de poner el grito en las nubes, se propuso vengarse martirizando con celos á su recién desposado. Hémos ya aquí con un matrimonio desunido, merced á la oficiosidad del tio.

No paró aquí sin embargo. El oficial, resuelto á declararse á la niña, discurre hacerlo por medio de una carta, que entrega á la criada; pero esta, por dar celos á su infiel marido, se hace la coqueta; el tio lo vé y cuenta todo al mozo, quien á su vez grita, pateá, llora, y da de todo parte á su amo, quien empieza á desorientarse respecto á los sentimientos de su amigo. Este, no habiendo logrado que la criada se encargue de dar la carta á su amada, acude á su hermana, para revelarles la pasion que ella sabia; mas el mensajero de paz, oyendo oculto algunas frases sueltas y equívocas del diálogo, juzga que el amigo es traidor, que ella es infiel, y que conviene para poner remedio participarlo todo á su sobrino, lo que hace por medio de un anónimo. La joven objeto del amor del oficial, al saber por el criado que su amante es un falso, rompe la carta que aquel acaba de dirigirle, cayendo algunos pedazos de ella al jardin; pero quedando en el suelo los bastantes para que el sobrino, receloso ya por el anónimo, halle en aquellos trozos de papel una prueba de la deslealtad de su amigo y de la culpa de su esposa. Quiere batirse con su ofensor, mas su esposa ha hallado medio de esconder sus armas. El tio, juzgando

que sale para un viage en medio de la noche, le ofrece sus pistolas. Van á matarse sin remision, cuando al bajar al jardin halla el celoso marido en el suelo los restos de la carta, y en ellos la prueba clara de no haber sido dirigida á su mujer. Averiguase entonces además que la mozuela con quien se puso retozar al criado era una vieja setenta y perlática, y por tanto que nada de aquello tenia otro fundamento que las visionarias suposiciones del tio y su maldito empeño en poner paz entre los que no lo necesitaban. Acordes ya todos echan en cara su estraña conducta al causante de estos daños y al responsable de los muchos mayores que pudieron haber sobrevenido; pero él concluye como siempre, lamentando la ingratitud de aquellas ofuscadas gentes, por cuyo bien habia con tan feliz éxito trabajado, y toma en seguida su yegua para volverse á Andújar, donde, segun cartas, durante su ausencia se habian cortado pleitos, transigiéndose diferencias, uniéndose matrimonios, y reconciliándose enemigos; todo lo cual atribuia él á la buena semilla que allí dejó sembrada antes de partir.

Al hacerlo de la quinta donde tuvieron lugar los sucesos referidos, cuidaron de entregarle el ramo de oliva, que aquí solo habia presenciado discordias, encargándole le llevase á otra parte donde hiciese mas falta.

El pensamiento de la comedia puede concretarse á los desaciertos que origina el mejor deseo cuando este no va guiado por el buen juicio, puesto que entonces las mas veces yerra. Es pues el *Don Desiderio ó el don de errar*, produccion bastante comun. Decimos lo mismo de algunas situaciones, como por ejemplo de los celos que abriga el esposo respecto al amante de su cuñada, que recuerdan á *El hombre de mundo*.

A pesar de esto el Sr. Cisneros, autor de la comedia que analizamos, ha estado muy atinado en las formas que ha sabido dar á su obra. Los incidentes están bien ligados, el desenlace es natural é ingenioso, los caracteres se sostienen sin desmentirse, el estilo y la dición son propios y oportunos. Aquella es en suma una buena, agradable é interesante comedia, una comedia de es-

io de la no-
á matarse
jardin halla-
restos de la
de no haber
uase enton-
quien se su-
vieja seten-
ue nada de

celente género. El Sr. Cisneros ha mostra-
do, en una palabra, que es hombre de talen-
to y de buen gusto.
La egecucion pasó, en nuestro entender,
de regular. Todos los actores estuvieron á
la altura de sus papeles. El público se ma-
nifestó satisfecho de ellos y de la produc-
cion. Creemos que se hará bien en repe-
tirla.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

EL CANTO DE LOS HELENOS.

NOVELA TRADUCIDA DEL FRANCÉS

POR

DON EUGENIO DE OCHOA.

(CONTINUACION.)

—Cante Vd. cualquier cosa, una romanza,
le decia la baronesa de Larcy.

—No, respondia el príncipe, los desterrados
no saben mas cantares que los de su pais, y
estos me hacen daño.

—Amigo mio, replicaba la amable baronesa,
Vd. no está desterrado, aunque á decir verdad,
si tratase Vd. de fugarse, procurariamos rete-
nerle á Vd. aquí por fuerza.

—Voluntario ó no, respondia, mi estado es
el destierro. Atenas ha muerto, y lo único que
sus hijos pueden ya pedirle es un sepulcro. Ya
conoce Vd. los hermosos versos de lord Byron:
«Patria hermosa de los griegos, ya no existes;
y sin embargo eres inmortal!»

—Lord Byron decia eso hace mucho tiem-
po, añadia la baronesa haciendo el té: hoy sa-
bemos que tienen Vds. una jóven reina bellí-
sima, y que los bailes de Atenas pueden com-
petir con los nuestros.

Entretanto el príncipe conservaba con res-
pecto á mí una actitud tan reservada y reser-
vada que su atencion no podia turbarme mu-
cho, y aun llegué á creer que mis sospechas
habian sido hijas de la presuncion: yo sin em-
bargo seguia viéndole con gusto, pero nada
mas.

Pronto algunos episodios de la vida real vi-
nieron á distraerme un poco de mis sueños.

Llegóme cuando menos lo esperaba, una
compañera. La mayor de mis primas nos fué
de pronto enviada por sus padres so pretexto
de perfeccionar su educacion, pero tal vez por

un sentimiento de envidia inspirada por el par-
ticular cariño que me demostraba mi abuela:
yo era evidentemente la nieta preferida. Era
mi prima Noemí muy linda, tenia 17 años y
el carácter mas alegre del mundo: criada en
la provincia no tenia la menor idea de los usos
de París, y yo recibí el encargo de írselos en-
señando. Acaso mi poquito de superioridad
en punto á elegancia hubiera bastado para im-
pedir que se estableciese una grande intimi-
dad entre nosotras: además, llegaba tarde.
Ella no hacia mas que reir cuando yo no hacia
mas que cavilar: no podiamos entendernos.

Mucho tiempo ha que no te he hablado de
mi tia, y es porque desde el dia en que su hijo
se embarcó en calidad de guardia marina, pa-
só varios años seguidos en Bretaña por no ten-
er valor para perder de vista la mar. De tar-
de en tarde nos escribia dándonos algunos por-
menores matemáticos sobre los viajes de Jorje
á remotas tierras y sobre sus raras apariciones
por Rennes; pero en la época de la llegada de
Noemí recibimos algunas líneas de Mme. de
Brazieux en que nos anunciaba, que habiendo
su hijo obtenido una licencia de pocos meses,
vendrian ambos á pasarlos con nosotros, ya en
París, ya en el campo.

Semejante noticia no podia venir en peor
ocasion: un vago presentimiento me anunciaba
que la presencia de mi tia iba á trastornar com-
pletamente la vida ideal que yo me habia
creado.

Estábamos en el mes de enero, es decir en
pleno carnaval, y como en casa de la baronesa
de Larcy lo que predominaba era el canto, so-
lia costarme no poco trabajo persuadir á mis
dos compañeras que la prefiriesen á otras reu-
niones mas alegres.

—Aquello es una pajarera! solia decir mi
abuela.

Un dia recibimos una tarjeta de la barone-
sa en que se leian estas palabras escritas con
lápiz:

«Vengan Vds. mañana á la noche en nom-
bre de Santa Inés.»

Inés era el nombre de la baronesa, con cu-
yo motivo hallamos su salon lleno de gente y
de ramos de flores, entre los cuales reparé uno
hecho de violetas y camelias blancas que me
pareció mas sencillo y elegante que los demás,
y así lo manifesté.

—¿Verdad que es delicioso? me dijo la ba-
ronesa. Voy á decir al príncipe que es Vd. de
mi parecer, porque á él es á quien se lo debo,
igualmente que ese magnífico álbum de vistas
de Grecia.

Miéntas yo hojeaba el álbum algo confusa,
la baronesa añadió: «¿No es verdad que el

príncipe sería muy amable si nos hiciese oír de nuevo el canto de los Helenos?"

—Esta noche, respondí muy cortada, no podrá negárselo á Vd.

Un momento despues, el príncipe empezó á cantar.

Segunda vez oí aquella dulcísima melodía! á duras penas logré entonces disimular mi turbacion: sentia yo que las miradas del noble griego me abrasaban la frente; creia adivinar que por quien cantaba era por mí y experimentaba un profundo sentimiento de gratitud y de orgullo.

Al salir del salon encontré en mi abrigo un ramillete enteramente igual al de la baronesa: cogíle sin decir nada y lo oculté á las curiosas miradas de Noemí.

Pocos dias despues fuimos á un gran baile en el que las tres nos divertimos muy poco; mi abuela porque habia demasiada confusion, mi prima porque la sacaron poco á bailar y yo porque no ví en él á la única persona á quien hubiera deseado ver. Así fué que nos pusimos de acuerdo para retirarnos temprano; pero cuando con mil trabajos logramos llegar al guardaropa, advertimos con terror que se nos habia escabullido mi prima, y solo despues de mucho buscarla en vano, llegó por fin cubierta con una capa de cachemir carmesí argelino que habia creído deber apropiarse no encontrando la suya.

—Jesus! exclamó, qué afán es navegar entre ese gentío! Yo iba siguiendo á dos señoras cuyos peinados se parecían por detrás á los de Vds., y á no ser por un caballero muy alto y muy guapo, todo vestido de negro, que ha tenido la bondad de guiarme hasta aquí, aun andaria perdida.

—Aquí estaba! exclamé; y me eché en cara mi torpeza de no haberle logrado descubrir entre aquel tropel, sin que se me pasase siquiera por la cabeza que el caballero vestido de negro fuese un desconocido.

Aun no habian concluido nuestras tribulaciones. Hallada mi prima, resultó imposible hallar al lacayo y no teniamos absolutamente á quien enviar en busca del coche; además estábamos tiritando de frio. En esto un lacayito, vestido de griego, se llegó á mi abuela y la dijo respetuosamente:

—Mi amo me manda que venga á ofrecer su coche á mi señora la marquesa.

—¿Y quién es su amo de Vd? preguntó sorprendida mi abuela.

—El príncipe Alfeo Micaelis.

No sé lo que sentí entonces: aquella situacion me pareció tan estraña que hubiera querido echar á correr, á riesgo de volver á casa á pié, no obstante mis zapatitos de raso blanco; pero mis compañeras no pensaron del mismo modo.

—No conozco á nadie de ese nombre, dijo mi abuela al misterioso criado; pero puesto que su amo de Vd. es tan amable, acepto con mucho gusto por no helarnos en este maldito zaguán.

(Se continuará.)

CORRESPONDENCIA.

D. J. P. y T.: *Vich*.—Quedan anotadas y servidas las dos suscripciones por 6 meses cada una á favor de las personas que V. indica.

D. J. de D. S.: *Cartagena*.—Recibidos los sellos, queda renovada y servida su suscripcion.

D^a L. T. de M.: *Palma*.—Quedan anotados los 36 rs. que V. remite para renovar su suscripcion.

V^a de D.: *Almería*.—A vuelta de correo se le remitió el número que pedia.

Por los artículos sin firmar y el geroglífico:

LAZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

Solucion del geroglífico anterior.

Sopa en vino no emborracha pero agacha á arrimar á la pared.

EDITOR RESPONSABLE:

DON LÁZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

CADIZ: 1857.—Imprenta de la Revista Médica á cargo de D. Juan Bautista de Gaona, plaza de la Constitucion, núm. 11.

